

# Historia de una antigua casona

"Soy vieja, vieja. Tengo sesenta y ocho años. Pronto voy a morir. Me estoy muriendo ya, me están matando día a día. Ahora mismo me arrancan los escalones de mármol, la gloria de los escalones de mármol, pulidos, que antes, al darles encima el sol a través de los cristales de la claraboya, se iluminaban como una boca joven que sonríe. Siento terribles dolores cuando los brutos esos andan por mis cuartos con sus hierros, golpeando las paredes. Dolor y vergüenza. Me avergüenzo de que me vean así..."

La cita de la obra literaria de Manuel Mujica Láinez, "La Casa", nos hace presente esa particular vocación argentina de enviar al suelo, piqueta mediante, muchos de los irremplazables testimonios arquitectónicos del pasado. Casas, mansiones, iglesias y otras edificaciones, espejos de otras épocas, costumbres y estilos, sufrieron los emba-

allí son protegidas, conservadas y dispuestas para que las nuevas generaciones las visiten.

Por ejemplo, la casona de avenida San Martín y Necochea, en cuya planta baja sentó sus reales durante varias décadas la confitería "Colón", de una estirpe que prácticamente ha desaparecido de la escena ciudadana.

## Casi un siglo

Esa casa —la "Casa alta", como la llamaron sus primeros habitantes— es tal vez el único testimonio del fin de siglo pasado, de la "belle époque" y de los años posteriores al terremoto de 1861, que aún queda en pie en el tramo céntrico de la avenida San Martín. Esa casa es un vínculo silencioso entre varias generaciones, una presencia inmutable que compartió aquella Mendoza de casas bajas, de una sola planta, realizadas con ado-

1886.

El mandatario, muy joven cuando asumió el cargo, tuvo la responsabilidad de iniciar la planificación de la nueva ciudad de Mendoza, tras el terremoto que la destruyó el sábado Viernes Santo de 1861.

Hasta entonces la construcción era de una simplicidad extrema, de paredes lisas que destacaban a la altura de la cornisa una hilera de cañas cubiertas por barro cocido, cuyas bocas al sobresalir del muro arrojaban el agua que la lluvia acumulaba en los techos.

Pero con los primeros tramos de la construcción de la casona de los González Pinto, los mendocinos de aquella época en que expiraba el siglo XIX tuvieron contacto directo con un notable adelanto tecnológico que les produjo al mismo tiempo curiosidad y no poco entusiasmo. Se asomaba a la elemental arquitectura del conjunto urbano la prime-

cional inmueble se negaron tozudamente a enajenarlo, primer paso para que desapareciera en aras de una "torre".

Palacio aporta el grueso de los detalles, el bagaje de los episodios que nutrieron la construcción y la vida de la "Casa alta" y su hija, periodista ella, hilvana, selecciona los acontecimientos más notables.

"Mi bisabuelo —acotaba esta última— sobrevivió al terremoto en circunstancias dramáticas. Protegió con su cuerpo la cuna de uno de sus hijos mientras una pared se desplomaba sobre sus espaldas. La hazaña le valió largos meses de convalecencia en silla de ruedas; el momento de angustia, una firme vocación por los edificios sólidos".

Hacía ya tiempo que había dejado la función pública cuando decidió levantar una casa que reuniera a toda la familia. Un hermano suyo, que fue ministro de Mitre, le recomendó los servicios del arquitecto francés Jean Barbier, a la sazón arribado a la Argentina para construir el casco de una gran estancia en la provincia de Córdoba.

## Ladrillo por ladrillo

La patética evocación del

movimiento sísmico de 1861 motivó que la construcción del inmueble fuese lenta para llevar a cabo de esa forma una concienzuda verificación de los materiales utilizados.

Los cimientos fueron hechos luego de haberse cavado un foso de enormes proporciones nunca visto hasta entonces para ese tipo de requerimiento. Para afirmar el piso de esta excavación, Barbier dispuso una tropilla de caballos que un chico hacía dar vueltas continuamente, lo que provocaba una excelente compactación de la base de la construcción.

Pero el prurito de seguridad —un equivalente de la verificación de la resistencia del material que modernamente se realiza— llegó a este extremo; Barbier dispuso una cuadrilla completa de obreros para probar con golpes de martillo cuáles eran los ladrillos que estaban bien cocidos. Las paredes se armaron con los ladrillos que pasaron la prueba y con vigas de hierro "doble T".

La mansión se inauguró en diciembre de 1893, en ocasión del casamiento de

Los balcones que dan sobre la calle Necochea. Desde allí antiguos ocupantes de la casa contemplaban las escenas cotidianas del barrio.

Con el casamiento de la pareja que se ve en la foto —Carmen González Videla y Federico Palacio— se inauguró la ahora vieja casona de Avenida San Martín y calle Necochea.



El ingreso de la llamada "Casa alta" por la avenida San Martín al 388, en el que se observa la pesada puerta de cedro de 2 hojas.



tes de las "cuadrillas de torturadores", como define la personalizada protagonista de la novela de Mujica Láinez —una casona de la porteña calle Florida— a los obreros encargados de su demolición.

Afortunadamente hay construcciones de antaño, bellas en su concepción y cargadas de historia, que aún sobreviven airosas a un espíritu exterminador que en Europa y en otros países no se entiende.

be y blanqueadas con cal, a las que miraba desde arriba por imperio de sus dos plantas. Una actitud que con el tiempo varió por decisión del progreso, que la obligó a compartir la "parada" con rascacielos, galerías y snack-bars.

La vieja casa, a la que muchos todavía siguen llamando "la confitería Colón" fue hecha construir por don Carlos González Pinto, gobernador de Mendoza entre los años 1883 y

ra vivienda de dos pisos, sólidamente erigida, con un definido estilo francés, impuesto por el constructor contratado, Juan Barbier.

De los recuerdos de un nieto de aquel progresista gobernador y de su hija —Carlos Palacio González y Alicia Palacio— extraemos una historia de nostalgia y de respeto por el pasado y las tradiciones, porque las sucesivas generaciones que habitaron el tradi-



una hija de don Carlos González Pinto, la señorita Carmen González Videla, quien contrajo nupcias con el señor Federico Palacio, fundador con los años del periódico "El Debate".

De ese doble acontecimiento —el enlace y la habitación de la casa— se han cumplido hace unos días 90 años. Tal vez entre los brindis que los dueños de la propiedad ofrecieron para rememorar aquellos lejanos sucesos, la "Casa alta" como la de Mujica Láinez, haya tenido un leve estremecimiento bajo el impulso de las risas y el renovado calor que recibió por espacio de algunas horas, suficientes para conformarla por casi un siglo de acumular vida, sueños,

esperanzas, dolores, fracasos y alegrías.

## Balcón de atardeceres

Alicia Palacio consulta a su padre, para aportar otros detalles de la historia centenaria. Durante 25 años vivió allí la familia González —en la planta alta—. Fueron épocas en que el barrio era como una prolongación del patio de la casa. En sus amplias salas se fomentaban las tertulias, eran el escenario para el trato con los vecinos y aún para el nacimiento de romances y, por qué no, alguna desavenencia también. En uno de los patios, la familia contemplaba desde uno de los balcones interiores, el espectáculo de los atardeceres recostados en la majestuosidad de la montaña".

El gusto francés y la solidez estaban presentes en muchos detalles, como por ejemplo en la puerta de ingreso de 2 hojas que daba a la avenida San Martín y que era de cedro, o en la escalinata que conducía a la primera planta. En aquellos días, las paredes estaban ornamentadas con frescos, escenas bucólicas de corte clásico; y los techos con alados querubines, adornos que fueron desapareciendo bajo la rocha gorda del progreso.

La planta alta fue posteriormente ocupada por la remota Corte de Justicia, más tarde por el "Anexo

Colón", un pequeño hotel que explotaban los dueños de la confitería. Allí se alojó Bartolomé Mitre y numerosas personalidades de la época; en tiempos más modernos, un pasaje del lugar fue el "Zorzal Criollo".

Exteriormente el edificio soportó diversas reformas. Su señorial estilo renacentista francés se deterioró un tanto cuando una ley provincial —en prevención de los temblores— prohibió las cornisas altas, lo que motivó que desapareciera su elegante balaustrada.

Esta transitoriedad de un estilo, aquí resignando presencia por un progreso con sentido común, tal vez el único que valga la pena defender, obliga al esfuerzo cuando uno se entera que al lado de la casa, sobre San Martín, existieron alguna vez una cochera, una caballeriza, un tambo y hasta un "stud" de caballos de carrera.

Así era la "Casa alta" y su contorno. El barrio en el que nació, creció, desde donde observó el paso de las épocas, las modas, los hombres y las mujeres de cinco generaciones de una misma familia, puede haber muerto. Pero ella sigue allí, incólume, vieja y un poco cansada de tanta prisa y vértigo que pasa frente a su portada, pero serena y conciente de ser una humilde porción de un tiempo pasado que si no fue mejor tuvo una particular placidez y vivencia.